

Érase una vez, en un lugar muy lejano, una niña que se llamaba Lila. Vivía con su madre y hermanas en el Poblado de las Rosas, sobre una montaña a la que se accedía por un sendero cuajado de rosales.

En ese poblado, las personas nacían con unas pequeñas y hermosas alas que se iban desarrollando a medida que crecían. Con esas alas podían moverse por encima del suelo, flotando de un sitio a otro para desplazarse.

Lila era la pequeña de tres hermanas. Era una niña muy especial, tenía unos grandes ojos marrones y, desde bien pequeña, mostraba interés por todo lo que le rodeaba. Le gustaba mucho explorar, era curiosa e intrépida.

Un día, mientras jugaba con sus hermanas y amigas en la ladera de la montaña, se dio cuenta de que las puntas de sus alas estaban algo curvadas hacia abajo, pues a las niñas, en cuanto nacían, les colocaban unos aros dorados para decorarlas.

Después de mucho observar, Lila llegó a la conclusión de que, sin esos aros, sus alas tendrían las puntas hacia arriba y, quizás, permitiría que creciesen más y así elevarse más del suelo. Sin dudar un segundo, Lila decidió quitar los aros de sus alas, para sorpresa de sus hermanas, pues nadie lo había hecho antes.

Al llegar a su casa, su madre le reprendió y le obligó a colocarse de nuevo los aros dorados, pues ella era una niña y las niñas “siempre” habían llevado esos aros.

Lila se los colocó de nuevo, contrariada. No quería que su madre se molestara.

Días después, al pasar por la plaza volviendo de la escuela, Lila se dio cuenta de que las mujeres que allí intercambiaban sus alimentos vestían unos ropajes grandes y pesados que impedían el movimiento libre de sus alas. De nuevo, la niña pensó que, con ropas más ligeras, las mujeres podrían desplazarse con mayor agilidad y así facilitar el transporte de sus bienes. Lila se acercó a una de ellas y le preguntó

por qué llevaban esas ropas tan incómodas. La mujer se rió y le contestó que esa era la vestimenta que “siempre” se había llevado.

- Cuando una mujer se hace adulta y se empareja para formar una familia, esta es la ropa que tiene que llevar- le dijo.

Lila se marchó a casa, decepcionada y pensativa. ¿Por qué nadie se cuestionaba esas cosas? Ella se había dado cuenta de cómo sufrían las alas de las mujeres, veía cómo, poco a poco, se iban torciendo y atrofiando hasta perder su capacidad de flotar... Lila se preguntaba si alguna vez pudieron incluso volar.

Semanas más tarde, la hermana mayor de Lila llegó a casa llorando y con sus alas pintadas de color rosa. La pintura era densa, olía fatal y su hermana, que apenas podía desplazarse del peso, iba dejando un reguero rosa por el camino al arrastrar la parte inferior de sus alas.

Su madre se apresuró a consolarla bajo la atenta mirada de Lila.

- Cariño, tranquila, pronto se secará la pintura y se pasará el mal olor. ¿Le has dado el cesto de maíz a la señora Artemisa como muestra de agradecimiento?

La niña trataba de calmarse y, secándose las lágrimas, contestó afirmativamente con la cabeza.

- ¿Qué le pasa, mamá? ¿Por qué llora Azucena? - preguntó Lila.

- Tu hermana se está haciendo mayor. Todas sus amigas pasarán por lo mismo y tú, algún día, también - contestó su madre tratando de esbozar una sonrisa que no terminaba de dibujarse en su rostro.

- Pero mamá, Azucena lo está pasando muy mal. Y sus alas ya no podrán hacerle flotar como antes, sus plumas pesan mucho con esa pintura - protestó Lila.

- Lila, por favor, déjalo ya. Así son las cosas, siempre se ha hecho así - dijo su madre, tratando de zanjar la conversación.

- ¡Me da igual que siempre se haya hecho así! ¡Yo no pienso pintarme las alas, ni ponerme ropajes incómodos! ¡Y ahora mismo me voy a quitar estos aros absurdos que lo único que hacen es impedirme volar! - contestó Lila arrancándoselos y elevándose hasta el techo con sus alas totalmente desplegadas.

- ¡Lila, baja ahora mismo! - gritó su madre.

Pero la niña abrió la puerta y salió volando torpemente ante la mirada atónita de su madre y sus hermanas.

Una vez fuera, trató de controlar el vuelo. Al fin y al cabo, nunca antes se había elevado tanto del suelo y le costaba mantener el equilibrio. Voló por encima de la plaza, sorprendiendo a las personas que allí se encontraban, y decidió ir en busca de la señora Artemisa. Seguro que ella, con sus años y su sabiduría, podría ayudarla a encontrar una solución a todo ese sinsentido.

La señora Artemisa era la mujer más sabia del poblado. A ella acudían las personas cuando enfermaban del cuerpo o del espíritu, pues ella conocía mejor que nadie las hierbas necesarias y las palabras adecuadas para sanar todas las dolencias.

Lila la encontró en el huerto junto a su choza. La señora Artemisa no se sorprendió al verla llegar volando.

- Querida Lila, - le dijo - sabía que algún día lo lograrías. Lo que no me imaginé es que lo harías tan pronto - rió, divertida.

Lila no entendía nada.

- ¿Cómo que lo lograría? Señora Artemisa, ¿qué está pasando?

La señora Artemisa hizo pasar a la niña al interior de su choza, le ofreció una infusión y se dispuso a contarle los antiguos secretos del Poblado de las Rosas.

- Hace muchos, muchos años, cuando nuestro pueblo aún no se había marchado a la montaña, vivía junto con otras civilizaciones alrededor de la Laguna de las Aguas

Afines. Allí la convivencia era pacífica y cada pueblo se nutría del agua mágica de la Laguna, disfrutando de sus beneficios. Había paz y armonía, ya que sólo se tomaba lo necesario para la vida y se fomentaba el respeto y el cuidado hacia Gaia, nuestra madre Tierra. Pero un día, - continuó con tristeza - uno de los pueblos quiso tener el control absoluto de la Laguna y comenzó a construir un muro alrededor de ésta, dejando sólo acceso para ellos. Las gentes de los demás poblados se levantaron en protesta, pero fue en vano... Hubo mucho dolor, mucha muerte...

>> Para acabar con la lucha, los demás poblados intentaron negociar con el pueblo opresor. Pero éste quiso imponerse por la fuerza y estableció una serie de requisitos para separar las civilizaciones, diferenciándolas entre ellas y así controlar el acceso a las aguas de la Laguna. Asignaron colores, ropajes, costumbres y, sobre todo, trataron de controlar la capacidad de movimiento de sus alas, para evitar que las gentes pudieran moverse libremente.

- ¿Por eso nuestro pueblo tiene estas costumbres tan antiguas? - interrumpió indignada Lila.

- Exactamente. Nuestro pueblo, si quería sobrevivir, tenía que asumir esas normas absurdas. La convivencia nunca volvió a ser pacífica. Las tensiones se sucedían sin cesar, hasta que la situación se volvió insostenible y regresó la hostilidad...

Entonces comenzó la huida.

La señora Artemisa bebió un sorbo de su infusión y cerró los ojos, tratando de disipar los dolorosos recuerdos que venían a su mente.

Lila se aventuró a preguntar, tímidamente:

- ¿Y qué pasó con la Laguna?

- Gaia, nuestra madre Tierra, al observar lo que ocurría entre sus criaturas, tembló y retumbó en un intento de separar la lucha. El muro construido alrededor de la

Laguna se derrumbó y el poblado opresor voló hacia el Litoral Azul. Nuestro pueblo se trasladó a lo alto de esta hermosa montaña, donde encontró un nuevo hogar.

Desde entonces, nadie osa volver a ese lugar. Hay demasiado dolor en sus alrededores.

- ¿Y cómo se podría reparar el daño? ¿Cómo podríamos recuperar nuestra esencia y liberarnos de esta carga ancestral? - preguntó Lila.

- Hablas como un alma sabia - sonrió la señora Artemisa. - La única opción es volver a la Laguna de las Aguas Afines, obtener el líquido sagrado y lograr que, tanto nuestro poblado como el poblado del Litoral Azul, lo beban con la intención de recuperar la armonía perdida.

- ¡De acuerdo! - Lila se levantó de un brinco - Iré a la Laguna y conseguiré reparar todo el daño.

- Toma estas dos vasijas, mete en ellas el líquido. Una es para nuestro pueblo y la otra...

- ¡Para el poblado del Litoral Azul! - interrumpió Lila con entusiasmo. - ¡Gracias señora Artemisa!

- Es un viaje peligroso, ve por el sendero de la Noche. Podrás volar por él sin miedo a que te descubran - le aconsejó.

- ¡Así lo haré!

Lila se marchó volando con determinación hacia la Laguna. Estaba convencida de que lograría devolver a su pueblo la libertad. La niña no imaginaba que otro ser alado procedente de la costa también se dirigía hacia allí...

Enzo era el hijo de Milo, el jefe del Litoral Azul. Era un niño sensible y pensativo, muy diferente al resto de los chicos de su poblado. Él, como Lila, tampoco entendía por qué le obligaban a asumir unas tradiciones que no tenían sentido. En su pueblo,

a los niños desde bien pequeños, les obligaban a competir entre ellos, entrenándolos en la lucha y en actividades de riesgo. Las alas crecían de forma vigorosa y todo giraba en torno a la dominación de unos sobre otros. Los niños que no destacaban por su fuerza y energía sufrían las mofas de sus compañeros. Enzo era muy desdichado. No entendía el porqué de esa tradición. Además, al ser el hijo del jefe, sentía mayor presión pues algún día él sería quien gobernaría a su pueblo. Necesitaba compartir con alguien su pesar pero temía que se rieran de él, así que se dedicaba a pasar el tiempo entre los escritos antiguos de su civilización, almacenados en los viejos baúles de su familia.

Un día, al mover uno de los pesados arcones llenos de recuerdos, encontró en el suelo de la choza una especie de trampilla que conducía a una estancia en el piso inferior. Enzo dudó un momento, no sabía si abrir aquella portezuela. Seguramente se encontraba oculta por alguna razón... Finalmente, se atrevió a abrirla. El polvo acumulado durante años se elevó formando una pequeña nube. Enzo trató de no toser y, cuando el polvo se disipó, pudo observar con sorpresa el interior de la salita. Dentro había una estructura de madera desvencijada en cuyas baldas reposaba toda una colección de escritos antiguos. Al acercarse pudo comprobar que eran mucho más viejos que los que estaba acostumbrado a estudiar. Éstos eran anteriores a todo lo que él había conocido y en ellos pudo leer la triste historia de la Laguna de las Aguas Afines.

Enzo los estudió con atención durante días, escondiéndose para no ser descubierto. Cuando acabó, se propuso redimir al Litoral Azul de su terrible pasado. Cogió varios recipientes y partió hacia la Laguna.

Después de varios días de viaje a través del Bosque de las Ánimas, Lila pasó por una llanura cuyo camino acababa en un precipicio. Se acercó con cuidado al borde

de la sima y su respiración se entrecortó al contemplar con desolación las ruinas de las antiguas civilizaciones que bordeaban la hermosa Laguna de las Aguas Afines. Era un paisaje imponente. Aún se podía ver, a través de la frondosidad que había crecido salvaje tras la huída, los restos de las batallas libradas hacía tantos años. Lila observaba el horizonte con emoción y una pequeña lágrima escapó rodando por su mejilla.

Un movimiento a lo lejos la sacó abruptamente de su ensoñación. Se agachó, en un acto reflejo por protegerse, y pudo observar que se trataba de un niño cuyas alas se movían con una destreza que Lila no creía posible.

- Seguro que es un morador del Litoral Azul - se dijo así misma.

La niña observó sus movimientos y se dio cuenta de que él también se dirigía hacia la Laguna portando unas extrañas vasijas que, dedujo, serían para almacenar el líquido mágico. Lila no sabía qué hacer. No tenía mucho tiempo y había que actuar con rapidez, pues una ocasión así no podía desperdiciarse. Finalmente, siguió su instinto y descendió volando al ver que el niño no suponía una amenaza para ella. Con el batir de sus alas, éste se estremeció y trató de esconderse, pero Lila se paró junto a él impidiendo su movimiento. Al ver su reacción, la niña trató de calmarlo:

- Me llamo Lila. Tranquilo, no te voy a hacer daño.

Enzo empezó a comportarse como le habían enseñado: desplegó sus alas y, de un salto, se colocó detrás de Lila, adoptando una pose guerrera. La niña no entendía nada. Se dio la vuelta y volvió a hablarle, tratando de parecer calmada:

- No hace falta que te pongas así, no vengo a pelear...

Enzo, al ver que la niña no parecía peligrosa, bajó la guardia.

- ¿Quién eres? - preguntó con cierta hostilidad.

- Me llamo Lila - contestó la niña, observando con curiosidad los torpes intentos del niño por parecer amenazador.

- ¿De dónde vienes? ¿Cómo conoces este sitio? - siguió preguntando Enzo.

- Vengo del Poblado de las Rosas.

- ¿De la montaña? - preguntó el niño asombrado, calmándose y plegando sus alas.

- Sí.

Lila y Enzo se contaron sus historias y, cuando finalizaron su relato, se fundieron en un abrazo lleno de comprensión y confianza. Sabían que tenían una ardua tarea por delante, que lo difícil comenzaba ahora... ¿Cómo iban a lograr que sus pueblos bebiesen el agua de la Laguna para recuperar algo que creían no necesitar? ¿Cómo hacerles ver que se podía recuperar la libertad, que podían deshacerse de unas costumbres impuestas que les impedían vivir en armonía?

Enzo y Lila llenaron cuidadosamente sus recipientes con el agua mágica de la Laguna. Al hacerlo, pronunciaron unas palabras antiguas, una especie de conjuro que aún se conservaba en la memoria de sus pueblos y que servía para honrar el momento que se estaba viviendo:

*“Cristal cristalino de Aguas Afines, la inmensa Laguna en este instante vive.*

*Que lo semejante comparta por fin todo lo que que brilla dentro se sí”.*

Al oír estas palabras, Lila y Enzo sonrieron. Sabían que lo que los unía era mucho más grande que aquello que los diferenciaba.

Con la energía del hechizo, idearon un plan para conseguir su propósito: Volverían a sus respectivos poblados después de intercambiar las vasijas y, una vez allí, darían a beber el líquido mágico a la jefa del Poblado de las Rosas y al jefe del Litoral Azul. Debían hacerlo cuando el sol estuviera cercano a su puesta, mirando al ocaso y repitiendo las palabras que aún pervivían en la memoria común de sus pueblos.

Confiaban en que así lograrían por fin librarse de las ataduras impuestas en aquel tiempo aciago. Se abrazaron nuevamente y partieron hacia sus destinos.

Lila voló tan rápido como pudo, esta vez por el camino más corto pues ya no temía ser descubierta. Fue directamente a la casa de la señora Artemisa para que la acompañara a buscar a Adelfa, la jefa del poblado. La señora Artemisa se deshizo de sus pesados y antiguos ropajes y, con algo de esfuerzo, logró desplegar sus alas, unas alas viejas y hermosas que aún conservaban la fuerza necesaria para volar hacia el pueblo. Cuando llegaron ante la jefa del poblado, ésta no daba crédito a lo que veía: una niña y una anciana volando hacia ella, portando unas vasijas llenas de agua y formando un alboroto inaceptable en el pueblo. Lila le explicó toda su aventura y le pidió que hiciera lo que había pactado con Enzo. Pero la jefa no sólo no les hizo caso, si no que mandó que se fueran y dejaran de provocar tanto revuelo entre sus gentes. No quería saber nada. La niña lloró de rabia e impotencia. Por su parte, Enzo se apresuró a encontrar a su padre, preguntó a sus amigos y a todo aquél que encontraba a su paso, despertando la curiosidad en los habitantes del Litoral Azul. Cuando dio con el jefe, recuperó el aliento y se dispuso a narrarle todo lo que había descubierto. Le pidió que siguiera sus instrucciones para restaurar el daño causado tantos años atrás y recuperar la armonía entre las distintas civilizaciones. Pero, al igual que en el Poblado de las Rosas, el padre de Enzo no quiso saber nada de lo que el niño le contaba. Para él suponía la pérdida de poder y prestigio y no estaba dispuesto a consentirlo. Enzo, abatido, salió volando rumbo a la Laguna de las Aguas Afines.

Una vez allí, cuando el sol estaba a punto de esconderse, el niño se reencontró con su amiga, se abrazaron y lloraron con desconsuelo pues sus esfuerzos habían sido

en vano. Nunca se despojarían de aquellas tradiciones que les impedían vivir en libertad...

Pero en ese momento, las tranquilas aguas del lago, de un color morado brillante debido a los últimos rayos del sol, comenzaron a formar ondas concéntricas, procedentes de sus orillas. El suelo comenzó a retumbar y Lila y Enzo levantaron la vista. Vieron con asombro que las niñas y los niños de los poblados les habían seguido hasta allí. Alrededor de la Laguna se había formado una fila de seres alados que les observaban con curiosidad y admiración. Azucena, la hermana mayor de Lila, fue la primera en meterse dentro del agua mientras pronunciaba las palabras del conjuro. "*Cristal cristalino de Aguas Afines...*". Las demás niñas y niños le siguieron y, de repente, las aguas comenzaron a emitir un brillo procedente de su interior. Las voces se unieron, elevándose y repitiendo una y otra vez las palabras mágicas. La Laguna cobró vida y, en el centro, se formó un gran remolino de luz que se elevó hasta el cielo formando una fuente mágica y bañando a todos los niños y niñas que no paraban de cantar, riendo y jugando. Se había cambiado la historia. Las niñas y niños lograron deshacerse de sus cadenas y sus alas volvían a surcar el cielo en libertad.

A lo lejos pudieron ver cómo unas antorchas se iban acercando. Eran las gentes de los poblados, precedidas por Adelfa y Milo, que se aproximaban a la Laguna. Al ver el maravilloso espectáculo se dieron cuenta del gran error que habían cometido y de cómo sus criaturas les habían dado una gran lección. Sin dudarlo, se metieron dentro del agua entrelazando sus manos y formando un círculo mágico de sanación. Finalmente, la paz había sido restituida y ambos pueblos se propusieron acabar con las tradiciones que les impedían vivir en igualdad y armonía.